

## Todos a la calle

MANUEL ALCÁNTARA

Desde la invención del endecasílabo no había producido Italia algo tan exportable como el decreto de Berlusconi, que suprime la prisión preventiva para los corruptos. Sólo a un hombre como Silvio, que es una mezcla de Petrarca y Roberto Baggio, se le podía ocurrir una cosa como esa. Hoy por ti, mañana por mí. Entre sastres no se cobran las hechuras. Gracias al decreto del magnate, miles de políticos, militares y empresarios, precedidos por el ex primer ministro Craxi, se beneficiarán de la medida, después de haberse beneficiado del erario público. El pasado queda abolido, ya que el perdón lo modifica, y los jueces de «Manos limpias» quedan con las manos atadas,

sin más misión que enchironar a los tironeros de la divina península, que son muchos, pero que entre todos no han robado lo que Bettino o cualquiera de sus secuaces.

Ya sólo falta que la próxima medida del Gobierno sea detener a los magistrados, han dicho los jueces, que verán cómo las lágrimas empapan la venda que la justicia tiene en sus ojos de color neutral. De 3.000 a 4.000 golfos importantes recobrarán la libertad y el apetito. Nada de decir eso de ¡todos a la cárcel!, sino ¡todos a la calle! Berlusconi, que tiene mucho dinero y mucho poder, se ha salido por la «tangente».

Aplauda Carlos Andrés Pérez desde su celda y aplauda Luis Roldán desde su escondrijo. ¿Por qué



## Diarreicos y estreñidos

CARLOS GALLEGO

Felipe González se haya, cuando pronto va a empezar el más largo paréntesis vacacional del año, en su peor momento político desde que accedió al poder. Es de suponer que en sus merecidas vacaciones dispondrá del debido tiempo para meditar sosegadamente sobre el deterioro institucional, que día a día se acrecienta, sin que él haga nada por remediarlo, y sobre ese estado de indecorosa y atrozante provisionalidad, impropio de un país con unos mínimos democráticos. La tozudez de que ha hecho gala desde que el 12-J el Partido Popular le infringió una severa derrota, parece no haber disminuido, y lejos de apreciarse en sus declaraciones algún atisbo de esperanza, todo induce a pensar que, como un niño enrabiado, no soltará su juguete hasta que la fuerza de los votos se lo arranque literalmente de las manos, una vez agotada la legislatura. Si yo pudiera levantar el tejado de muchos hogares, como ha hecho Robert Altman en su magnífica película «Vidas cruzadas», no dudaría empezar por el de la Moncloa, observando con escrupuloso detenimiento si en algo se asemeja al resto de los hogares españoles, y más en concreto si el aturdimiento, desazón, ansiedad, y desvelo, del cabeza de familia, es proporcional —dada su jerarquía— al que experimenta cualquier ciudadano mínimamente concienciado y preocupado por la nauseabunda opacidad y negligencia sin límites de un Gobierno y un Presidente que han dilapidado la confianza que un día depositaron los ciudadanos en ellos. Mi raquílica imaginación no alcanza a adivinar cómo es y en qué pensará Felipe González intramuros de su inexpugnable fortaleza, una vez en bata, despojado de su artificioso ropaje de trabajo y libre ya del asfixiante protocolo a que se debe ver sometido. Y ahí radica el quid de la cuestión. ¿Es Felipe González un hombre medio cabal,

que comprueba como su negocio hace aguas por todas partes, y llega a la certera conclusión de que lo mejor es traspasarlo y salvar lo que pueda, antes de que lo embarguen y se lo quiten los acreedores? O por el contrario Felipe González, ¿es un extraterrestre y se obstina en ver que su poder es tan inacabable que nadie se lo puede arrebatar, por más que las cosas se pongan para él tan oscuras como la tinta de un calamar? ¿Comenta nuestro Presidente con su esposa la vertiginosa caída de su negocio? ¿O bien le oculta la verdadera situación, en el convencimiento de que la primitiva que astutamente juega todas las semanas, lo salvará del caos? Y si es que su mujer está al tanto de la debacle, ¿le aconsejará ésta parar el carro, o bien le animará a que siga sellando primitivas para ver si la suerte se alía con ellos? Estas cosas, en fin, y otras de carácter doméstico, son las que a mí me gustaría conocer, si pudiera levantar el tejado de la Moncloa, para diseccionar sociológicamente los hábitos caseros de sus moradores y avizorar, aunque sea por unos momentos, si el hogar de Felipe es un oasis de paz y refugio, en el que está libre de discordias y dudas; sobre todo ahora, que con el calor se acrecientan las disputas entre los miembros de una misma casa. El otro día en Madrid, sin ir más lejos, coincidiendo con las noches exudantes y tórridas, la Policía se vio obligada a mediar en numerosas peleas familiares; claro que los infelices que se despeñaron en tan bochornoso proceder probablemente no disponían de aire acondicionado, que debería ser en algunos sitios, artículo de primera necesidad, como el pan, para que el índice de agresiones no se incremente de forma alarmante. Por cierto, ¿tendrán en la Moncloa aire acondicionado? ¡Ay Felipe de mi vida!, intuyo viéndole con esa cara de estreñido, lo dura que se le va a hacer la cuesta cuando llegue septiembre.

no va a perdonarse a quienes tuvieron la debilidad de aprovechar la fuerza de los acontecimientos? Ellos se limitaron a cambiar algunas cosas de sitio y, generalmente, las llevaron a Suiza, donde el dinero tiene doble nacionalidad. Un juez español está investigando ahora allí la fortuna de Mariano Rubio, su familia y su testamento. Debe darse prisa. La iniciativa de Silvio Berlusconi pronto será plagiada y nada nos extrañaría que el juez Barbero fuese declarado culpable de la trama de Filesa y algún albañil en paro fuera inculcado por el asunto de las viviendas PSV. El itálico modo acabará imponiéndose. Ya que no se puede limitar por decreto el número de corruptos, hay que limitar la prisión preventiva.



Y es que lleva muchos años pedaleando y alguna vez tendrá que darle el achuchón definitivo, digo yo. Espero que no le pase —dicho con todos los respetos— lo que a Rominger el otro día en el Tour, que cuando empezó a subir la temible cumbre de Hautacan tuvo que pararse detrás de un árbol, porque estaba descompuesto. Mírelo como quiera, don Felipe, y no haga caso de los muchos aduladores que aún le quedan, pero aquí el único extraterrestre que tenemos, y encima evacua como Dios manda y sube como un coheite, es Indurain, y pare usted de contar.

## Entre paréntesis

### Tourmalet

LUIS MEANA

La historia de esa aguja gigante, que se levanta majestuosa como un palacio de la naturaleza en medio de los Pirineos, es nuestra propia historia. La mitad de nuestra adolescencia estuvo presidida por las faldas de esa montaña, donde creímos que se jugaba la suerte de la raza, aunque luego nos enteramos de que allí no se jugaba mayormente nada. Pero España siempre ha sido como un arrabal de la historia europea, y en ese arrabal lleno de velas, vírgenes y canto flamenco, el Tourmalet fue la utopía apolítica que vino a sustituir a utopías más peligrosas (según Franco). El Tourmalet fue el sustituto del marxismo-comunismo, lo mismo que el «mecachis» sustituyó al «gilipueñas». En esa montaña mitificada asistíamos, una vez al año, a un duelo que era mucho más que el duelo personal de dos gigantes: era un duelo nacional (España-Francia), un duelo de religiones (protestantismo-catolicismo), un duelo entre civilizaciones. Anquetil-Bahamontes eran en el Tourmalet sólo la representación simbólica de los verdaderos escaladores: De Gaulle-Franco. Cada vez que aquella cabra alpina —Bahamontes— escalaba con facilidad inusitada los pechos puntiagudos de aquella gran dama de la geografía francesa, se demostraba el poder de conquista de Franco, el golpe de pedal del régimen, la fuerza espiritual de la raza. El Tour-

malet fue al ciclismo lo que «Bienvenido Mr. Marshall» al cine, una forma de creernos que nos daban el Plan Marshall incluso con dictadura. Eramos pequeños, enjutos, feos y atrasados, pero gracias al Tourmalet creímos que no era necesario comer bien para tener héroes superiores, tener democracia para ser una raza tan grande como cualquiera, una pavada que equivale a ésa, que ahora se oye mucho, de que España tiene el mismo nivel que los demás europeos sólo porque se sienta en uno de los bancos de Bruselas. La misma falta de empirismo de entonces. Al final vino la televisión y empezamos a descubrir que aquella montaña mítica, de la que Bahamontes bajaba cada año, como Moisés, con las tablas de la ley en la mano, no era tan mágica: ganar en esa utopía apolítica del Tourmalet tiene el mismo significado utópico que comerse un gazpacho. Ahora, viendo por televisión al gran mito —el Tourmalet—, vemos que se ha vuelto gordo y viejo como nosotros: está lleno de rampas anchas y asfaltadas, no tiene grandísimos desniveles y lo gana hasta un mindundi de Francia. La vida e historia de los pueblos está llena de estas mentiras que llegan a parecer verdades, sólo porque, como ya dijo Nietzsche, la verdad no es más que una mentira que, de asimilada, llega a denominarse verdadera. O sea, el Tourmalet. Nuestra verdad-mentira.

## El efecto salvavidas

LUIS ARIAS ARGÜELLES-MERES

Habría que ser ciego, sordo y mudo para no querer ver ni oír ni reconocer el acelerado proceso de destrucción de la vida pública que venimos padeciendo. Porque los políticos en general, y muy particularmente los del partido gobernante, no sólo han desprestigiado la noble tarea de la política; tampoco se han conformado con manchar a instituciones de tanta credibilidad como el Banco de España, la Cruz Roja y la Guardia Civil; es que además ahora están intentando echar el guante a muchos de nuestros intelectuales más respetables. Y es lo último que les quedaba por hacer.

Miren ustedes: estos días, al enterarme de la gestación de una revista auspiciada por Alfonso Guerra, proyecto en el que van a participar desde farsantes de la intelectual orgánica como el señor Paramio hasta personas admirables como Marichal o Tuñón de Lara, de los que tanto hemos aprendido y a quienes tanto debe-

mos, no puede evitar el componerme la imagen de ver en la colaboración de personas tan venerables una especie de flotadores a los que el guerrismo, en su desenfadada e imparable agonía, se aferra, como desesperada tabla de salvación, y no sólo no puede evitar su propia caída, sino que además acaba ahogando a esos salvavidas a los que se agarra. Hundiéndolos y enfangándolos.

Lo peor del caso es que estamos hablando de intelectuales que no necesitan del poder para afianzar su prestigio. Que además han demostrado su honestidad a lo largo de una trayectoria digna en lo humano y en lo intelectual. Pero que, sin embargo, si acceden a secundar un proyecto que se asienta, no sobre las bayonetas, pero sí sobre fondos que pueden provenir de una Filesa cualquiera. Se prestan a formar equipo bajo la tutela de un sórdido y demagógico personaje que, en lo humano y en lo intelectual, ha demostrado ser un mequino y un imprestantable.



Algo muy grave tiene que estar sucediendo para que hechos como éste tengan lugar. Para que lo más representativo de nuestra intelectualidad se entregue a un hundimiento del que no es un absoluto responsable, aceptando ser los últimos compañeros de un viaje hacia la escoria que los laboratorios del poder han venido almacenando sin cesar.

En este entreguismo, en esta aceptación, hay algo más que adhesiones, que connivencias y conveniencias; hay la prueba irrefutable de que ya no queda nada por hundir.

Y es que probablemente haya llegado la hora de una alternativa, no ya de formación política, sí de generaciones. Porque, a la que está en el poder, ya nada le queda por destruir.

Pretenden librarse del naufragio, remando por ríos no navegables, en los que el espesor del lodo los ha hecho intransitables, también para los reptiles, también para los caimanes.